

SILVA EN DOS TIEMPOS

I. EL SUICIDA

*Un hombre como Silva en Bogotá
hace ahora cien años
no podía tener muchas salidas.
Alguien como él, tan culto, en muchos casos sabio,
elegante, impecable,
francamente agraciado, laborioso,
con dotes diplomáticas,
conversador, políglota, viajero,
de gustos refinados, ilustres apellidos
y, en sus años más jóvenes, de notable fortuna
familiar y excelente
comercio importador de chucherías caras
de Londres y París;
alguien que fascinaba a las mujeres,
a las mujeres más fascinadoras,
con dotes donjuanescas y pasiones ocultas
dizque –ganas de hablar– con una hermana;
alguien que a los dieciocho amerizaba
en París y sabía
de la obra de Gustave Moreau, de Mallarmé,
que se vestía en los mejores sastres
y entendía de vinos, de caballos,
de óperas, de vestidos y de piedras preciosas,
y sabía de orquídeas;
que hacía encuadernar sus libros predilectos
en blanco marroquín con letras de oro
y una joya incrustada con una mariposa y tres hojitas;
alguien que estaba al tanto de la filosofía
de su tiempo,
empezando por Friedrich Nietzsche, ¡claro!;
alguien al día de la medicina
del momento, de la psicología,
esa invención reciente,
que se reía del espiritismo;
católico en la infancia, descreído a desgana
pero harto convencido
de lo fundado de su escepticismo;
entendido en negocios,*

capaz de hacerse cargo de las deudas de un padre
 al que la guerra y la devaluación
 habían arruinado
 y afrontar unos pagos imposibles;
 alguien que se ocupaba de abuela, madre, hermanas,
 con cariño, con mimo;
 alguien que se ingeniaba para montar sin medios
 una moderna industria de azulejos,
 que sería rentable tras su muerte;
 un tipo que cantaba la infancia fabulosa, que añoraba
 los cuentos, los belenes, las cornetas,
 que sabía jugar y gustaba a los niños;
 un individuo así, con tan notables
 y evidentes razones
 para ser admirado y rechazado,
 amado y envidiado,
 criticado, halagado,
 incomprendido,
 caricaturizado;
 alguien único, como José Asunción
 y además, para colmo, y por si fuera poco,
 el poeta más grande de su tierra,
 uno de los más grandes de la lengua...
 no podía tener muchas salidas.
 Ni en Bogotá ni en Buenos Aires ni en Madrid
 había sitio para él hace cien años.
 Claro que no, ni aquí ni allá, ni entonces ni ahora.
 Un tipo así va a tener siempre entre nosotros
 vocación de suicida.

II. JOSÉ ASUNCIÓN

Aunque a él no le gustara el femenino
 de ese nombre, Asunción, que heredó del difunto,
 nadie le reconoce por José Silva hoy.
 Para la Poesía
 es José Asunción Silva
 ya por siempre.

Nació para poeta, sin duda, aunque, eso sí,
 poeta con posibles, un poeta de lujo,
 y le dejaron serlo
 más o menos hasta los veinte años.
 Luego
 vivió gastando más

*de lo debido
y debiendo bastante
más de lo razonable,
aunque siempre escribiendo
a ratos libres
y cada vez mejor.*

*Compaginó un negocio
en quiebra permanente
con la pose más chic de Bogotá,
los gustos más sutiles
y una familia a la que mantener
al nivel adecuado.*

*Desde antes de nacer convivió con la muerte
y tropezó con ella
a cada paso:
abuelo asesinado, primo suicida, tío,
padre, hermanas: Inés
en su inocencia, Elvira
en su belleza.*

*Tan familiar le era
la pelona
que salió a recibirla con la diana marcada
para que no fallara el golpe.*

*Nadie sabe si amó
ni a quién
ni cómo,
pero alguna pasión secreta se adivina
tras su cauto silencio.
E hizo bien en callar: se la llevó a la tumba
y nos ahorró un siglo de chismes, cotilleos, confidencias,
rastreos, desmentidos.
Si quien se supo amada fue discreta y calló,
callen los indiscretos.*

*Poeta, gran poeta, lo fue póstumo,
como tantos lo han sido
entre los buenos,
pero se le enredó tanto el desastre
que no pudo dejar ni editados sus versos
ni copiados siquiera,
en muchos casos,*

*ni le dio tiempo a rehacer los libros
que perdió en un naufragio especialmente imbécil
donde se fue al Caribe la mitad de su obra.*

*“¡Maldita pobreza!” escribía en carta a un amigo
seis meses antes del final.*

*“Si hubiera sabido ser pobre”,
comentó Hernando Villa,
“no se habría matado”.*

*Desde luego, es posible, pero ¿cómo
aprender a ser pobre con treinta años
quien fue niño mimado
desde siempre?*

*De sus restantes libros, los de cuentas,
en los que algunos hurgan,
nada nos interesa a un siglo de la quiebra;
de aquellos pocos versos que dejó manuscritos,
nos sigue sorprendiendo,
nos sigue conquistando y fascinando,
nos sigue conmoviendo,
nos sigue provocando
la belleza.*

Mayo de 1996,
centenario de la muerte de José Asunción Silva.